

tenia tiempo para morir; y para mayor barbarie, fusilaron primero al hijo, luego al padre. Al tiempo de marcharse nos pidieron siete mil reales, y me dejaron pena de la vida si les enterraba, para que les viesan las columnas nacionales; pero yo no pudiendo tolerar tal carnicería que horrorizaba, les enterré junto á la carretera. Al día siguiente se presentó en este Peinado con veinticuatro prisioneros mas de los mismos, á quien este no les quitó la vida y llevó á Cantavieja; y por este acto, de cuatro facciosos que las tropas de la Reina iban á fusilar en el mismo punto, libraron á uno por ser de la facción de Peinado. Es cuanto puedo decir á V. y espero conteste usted á su seguro servidor.—J. S.

CAPITULO II

Las Constituyentes de 1836.

La democracia castrense.—Las facciones de la Mancha, Asturias y Galicia.—Expedición de Gomez.—Invade Asturias y Galicia.—Invasión de Castilla.—Catástrofe de Jadraque.—Reunión de Cabrera y de Gomez.—Ataque y defensa de Requena.—Acción de Villarobledo.—Rodil en campaña.—Invade Gomez á Andalucía.—Su entrada en Córdoba.—Ataque y toma de Almadén.—Pánico é indignación.—Separación de Cabrera y de Gomez.—Vuelve Gomez á Andalucía.—Invasión de Extremadura.—Exoneración de Rodil.—Gomez y Narvaez.—Marcha y movimientos de Narvaez.—Acción de Majaceite.—Insurrección militar de Cabra.

Achaque inherente de nuestras guerras civiles en el presente siglo, ha sido el de exagerar, convirtiéndolo en principio de desorden, de anarquía y de licencia, el sentimiento de amor patrio que en 1808 levantó en masa el pueblo español en defensa de sus hogares y de la honra nacional. La espontaneidad del movimiento que caracterizó aquella época memorable, en la que el elemento oficial se anuló, dió lugar á que á impulso del patriotismo saliesen de las filas del pueblo los generales, los magistrados y los hombres públicos, que reivindicaron la dignidad del nombre español. El espíritu democrático y fraternal que el cristianismo tan profundamente grabó en los naturales de este suelo, tuvo conciencia de sí mismo, cuando vió, merced á la espontaneidad del esfuerzo colectivo, que podía bastarse á sí mismo. Abandonada la nación y lo que es mas vendida por sus gobernantes, cuando vieron consumadas las abdicaciones de Carlos IV y Fernando VII en favor de Napoleon, surgieron del seno patrio las juntas primero, la central despues, y por último, las Cortes de 1810.

La pauta estaba dada; de la colectividad hija del concurso individual de los ciudadanos, brotó el partido liberal, y su opositor el partido servil apeló á idénticos medios. Las sociedades secretas del realismo, el *Angel exterminador* y sus análogas, los voluntarios realistas, las tenebrosas organizaciones del realismo en 1824 y del carlismo en 1835, todas ellas fueron reflejo de lo que hay de independiente, de personal y de entusiasta en el carácter de los españoles, y esto basta para explicar el enjambre de partidarios que en la guerra de la Independencia, en la civil de 1822 y 23 y últimamente en la estallada á la muerte de Fernando VII, empuñaron las armas y se hicieron guerrilleros, defensores independientes de una causa en pro de la que salieron á campaña sin cuidarse de si había ó no un gobierno cuyas órdenes ó inspiraciones debiesen obedecer.

La volcánica erupción del carlismo en armas, armó como defensores de la causa del antiguo régimen, además de los cabecillas catalanes y aragoneses cuyos nombres son familiares de nuestros lectores, la numerosa colectividad de partidarios gallegos, extremeños, castellanos y manchegos que formaron la nomenclatura de los Pecos, Doroteos, Jaras, Las Diosas, Rebengas, Paulinos, Zamarra, Chaleco, El Rubio, El Presentado, Tercero, Cipriano, Corulo, Herencia, Palillos, Orejita, Parra, El Arcipreste, El Apañado, Mata la Huba, Escarpiro, Sanchez, Romo y otros infinitos, casi todos ellos *alias*, y cuyos motes, segun muy oportunamente observa el señor Pirala, sostenían la guerra y depredaciones que en cierto modo paliaban lo que tenían de odiosa, la popularidad de los que los llevaban.

La animación y la confianza con que, como en su lugar dejamos consignado, acogió el partido liberal en 1835 el advenimiento al poder de Mendizabal, hombre cuyo prestigio tan pronto decayó por efecto de sus desacertadas medidas económicas, acabó por desaparecer, y aquel estadista, mas activo y bien intencionado que dotado de acierto en el difícil arte de gobernar, contribuyó á que la favorable reacción que habia experimentado el espíritu público, á su advenimiento al poder, degenerase, cambiándose en desconfianza y en funestas divisiones entre los mismos liberales á la formación del gabinete Isturiz y mucho mas todavía de resultados del motin soldadesco de la Granja y del extemporáneo restablecimiento de la Constitución del año 12.

Tales causas fueron las que principalmente contribuyeron á dar aliento á los carlistas y á fomentar sus empresas de armamento en las provincias de Castilla la Nueva, las que no tardaron, principalmente las de Ciudad-Real, Toledo y Serranía de Cuenca, en verse inundadas de facciones que casi libremente recorrian su territorio.

El gabinete Calatrava con dificultad podia atender á las necesidades de los ejércitos del Norte y de Aragon; y carecia de fuerzas en suficiente número para ocupar militarmente el territorio manchego, única manera de haber logrado pacificarlo. A manera de suplemento á los refuerzos militares de que no podia disponer, nombró el gobierno para el mando de la provincia de Toledo al coronel don Jorge Flinter, dotado de actividad y extraordinaria energía.

Pero no bastaba la buena voluntad de un servidor fiel para suplir la falta de medios adecuados al remedio de un mal que tocaba á sus últimos extremos.

La vagancia de las partidas que asolaban la Mancha habia aniquilado el tráfico interior, dificultando el tránsito de las recuas y de los carros del país, haciendo muy difícil el paso de los correos y exponiendo á los viajeros y transeuntes á verse detenidos por las facciones y á ser conducidos á los montes como rehenes destinados á valer crecidos rescates. De sus resultados las diligencias de Madrid á Andalucía interrumpieron su servicio, llegando á ser tan triste la situación de los labradores y ganaderos de la Mancha, que si no se avenían á pagar tributo á las facciones veían quemadas sus mieses y degollados sus ganados.

Aprovechándose las partidas de la circunstancia de operar en territorio llano, formaron una numerosa caballería, merced á la cual pudieron dominar los pueblos y refugiarse en los montes cuando se veían perseguidas.

Aunque solo habian llegado á organizar los carlistas levantamientos parciales en Extremadura, corrianse fácilmente á las jurisdicciones de Badajoz y de Cáceres, facilitándoles la vecindad de sus guaridas en la Mancha el dar golpes de mano de la especie del que ejecutaron incendiando y saqueando el pueblo de Castellblanco.

Nunca cesaron los conatos que el carlismo empleó para sistematizar su insurrección en las provincias gallegas, hasta que una repetida experiencia le hubo demostrado la inutilidad de sus esfuerzos. A mediados de 1836 eran todavía numerosas en Galicia las partidas montadas de diez ó doce hombres, partidas que, una vez llenado el objeto, ejecutando los golpes que se habian propuesto y que las mas veces consistían en saqueos y en sorpresas de nacionales, se apresuraban los que las componían á retirarse á sus casas, y como vestían de paisano, solían burlar la vigilancia de las columnas encargadas de perseguirlos.

Lopez, jefe superior de los carlistas en aquellas provincias, declaró en estado de bloqueo á todos los puntos fortificados ocupados por tropas de la Reina, y se atrevió á mas, consiguiendo recoger la mayor parte de los individuos de la quinta de Mendizabal, correspondiente á las provincias de Lugo y la Coruña. El Señorín de Bullan, Sombreiro, el Evangelista y otros cabecillas recorrian las orillas del Miño y hasta llegaron á amenazar á Pontevedra.

Villaverde, al frente de alguna caballería, se atrevió á presentarse delante de Lugo; pero salieron á su encuentro tropas y nacionales, que batieron las fuerzas capitaneadas por el cabecilla, que pereció en el choque.

Tal cual acaba de ser sumariamente bosquejado era el estado de las provincias gallegas cuando penetraban en su suelo las expediciones salidas del país vascongado, con el determinado objeto de asentar en ellas la insurrección en grande escala aspirando por este medio á unir el pronunciamiento del Norte, al que tan sólidamente favorecia la causa del Pretendiente en el país vascongado y Navarra.

Llegamos á uno de los mas interesantes períodos de la guerra civil. Precursora de la expedición que don Carlos en persona debia mas tarde realizar, presentándose en el corazón de España al frente de sus batallones, salió del Real carlista en los últimos días del mes de junio la confiada al mando del brigadier don Miguel Gomez, expedición cuyo movimiento, triunfos y derrotas, fueron el absorbente asunto que preocupó los ánimos durante todo el resto de aquel año.

Destinada, como queda dicho, la referida expedición al objeto especial de insurreccionar á Asturias y Galicia, y no habiendo podido Gomez llenarlo por haber tenido constantemente que huir de las columnas que lo perseguían, se movió no obstante, de un extremo á otro de la Península con toda la libertad que hubiera podido efectuarlo, si su larga peregrinación hubiese sido una dilatada serie de triunfos.

La expedición salida de Amurrio el 26 de julio entró sucesivamente en Oviedo, en Santiago, en Leon, atravesó Castilla la Vieja, penetró en Castilla la Nueva: á pocas leguas de Madrid batió una division de la Guardia Real, á la que hizo toda entera prisionera en Jadraque; á su vez batido en Villarobledo, no le impidió su derrota marchar á Córdoba, estacionar en aquella ciudad varios dias, subir desde allí de nuevo á la Mancha y apoderarse á viva fuerza de Almadén, dirigiéndose otra vez mas á Andalucía, penetrar atravesando la Serranía de Ronda en la provincia de Cádiz, y desde aquel extremo de la Península sídole posible cruzar de nuevo todo su territorio, regresando, si no cubierto de laureles, con fama ya inseparable de su nombre, al territorio de donde habia salido.

Aunque las anteriores breves líneas reasumen con exactitud la célebre expedición, no es posible limitar á rápidas apreciaciones el episodio mas interesante de la guerra cuya historia estamos narrando, episodio en el que abundan incidentes que además del interés dramático que en sí ofrecen, dieron lugar á hechos en el órden político sobre los que no cabe guardar silencio.

Nuestros lectores deberán recordar que el general Córdoba durante su estancia en Madrid anunció al gabinete Isturiz, que el nombramiento de Villareal como general en jefe de don Carlos daría por resultado el mas inmediato, el envío de expediciones dirigidas á extender el teatro de la guerra á las provincias del interior, movido á ello el Pretendiente no solo por cálculo, sino tambien por la necesidad de no poder el reducido territorio del país vascongado, continuar sosteniendo el numeroso ejército que habia llegado á formarse.

Tan exacto fué el pronóstico de Córdoba que antes de haber regresado á Vitoria ya estaba en marcha la expedición de Gomez.

Habia sido esta dispuesta con gran reserva á fin de mejor ocultar el momento de su salida á la vigilancia de los generales de la Reina, y tan sigilosamente se dispusieron sus preparativos, que en el mismo campo carlista se ignoró la novedad, hasta el día en que Gomez se puso al frente de una division, compuesta de las siguientes fuerzas: Un peloton de granaderos, los batallones 2.º, 3.º, 4.º y 5.º de Castilla, 150 caballos y dos piezas de montaña.

Llevó la expedición por segundo jefe al marqués de Bóveda, la caballería la mandaba Villalobos, el brigadier Arroyo la infantería y el de igual graduación don Pedro del Castillo era el jefe de estado mayor. Unidos á la expedición iban tambien un intendente, dos comisarios y un auditor, así como un numeroso cuadro de oficiales y de individuos de clase (sargentos y cabos) destinados á organizar nuevos batallones en los territorios próximos á ser invadidos.

Ya dejamos dicho, pero conviene repetirlo, que el espíritu así como el tenor de las instrucciones dadas á Gomez por don Carlos y su general en jefe, le encarecían que no se distrajese del preferente objeto de extender la insurrección en Galicia.

El general Tello, que ocupaba en las merindades puntos no distantes de la dirección tomada por Gomez, sabedor del movimiento de este le salió al encuentro entre Rivero y Villasanté. Esperaba el jefe liberal refuerzos que no llegaron y experimentó además el contratiempo de faltarle municiones que envió á buscar y no recibió oportunamente, circunstancia de la que supieron aprovecharse los carlistas para obtener sobre Tello un señalado triunfo, que hizo mas deplorable aun el habersele desertado los quintos que componían parte de su fuerza, por lo que tuvo que retirarse á Espinosa de los Monteros, con pérdida de un millar de hombres, entre los que se setecientos quedaron prisioneros del enemigo.

A consecuencia de aquella desastrosa jornada se mandó formar consejo de guerra á Tello y á su jefe de estado mayor el coronel don Juan Manuel de Alva, procedimiento del que cúmplenos decir salieron ambos absueltos.

Espartero, que por ausencia de Córdoba mandaba interinamente el ejército, supo el 27 en Medina de Pomar el paso de la expedición y la derrota de Tello. Púsose *incontinenti* en marcha en persecución del enemigo, pero este, que le llevaba no poca delantera, habia entrado en Oviedo el 5, sin detenerse sin embargo en aquella ciudad que evacuó despues de haberse incautado de todos los caudales y objetos movibles de la pertenencia del Estado.

Hasta el día 4 no pudo Espartero pisar el territorio de Asturias, y caminaba en condiciones tan poco lisonjeras, que no llevaba en su caja militar fondos suficientes para pagar el *prest* de los soldados, urgencia á la que tampoco pudo proveer Córdoba que ya habia llegado á Pamplona.

El día 8 y forzando una marcha pudo Espartero alcanzar en Salas la retaguardia de Gomez, á la que hizo algunos prisioneros, pero el grueso de la facción no le esperó y siguió su rápido itinerario.

El 14 se hallaba Gomez en Castro y Fonsagrada, donde ejerció actos de severa represión dirigidos á contener desmanes de sus soldados contra el paisanaje. En aquel punto nombró al cabecilla *El Evangelista* comandante general del Valle de Buron, dejando á sus órdenes tres comandantes, diez oficiales, sargentos y cabos, mil cuatrocientos fusiles y cien monturas, cometiéndole procediese á organizar nuevos batallones. Pasó en seguida Gomez el Miño á la vista de Lugo donde se hallaba Latre con alguna tropa y nacionales, en los que no hubo de tener gran confianza cuando no se movió con objeto de haber al menos dificultado á Gomez el paso del río, á lo que convidaba el embarazo con que le obligaba á caminar el gran convoy de cien carros tirados por bueyes y cargados con el armamento y municiones de que en Oviedo se habia apoderado.

El 16 tuvo la expedición la buena suerte de topar con un destacamento que conducía caudales á la Coruña, apoderándose de ocho mil duros destinados á la tesorería de provincia.

Como Gomez habia dado descanso á sus tropas, pudo apresurar su retirada y evitar que le diese alcance Espartero.

No debieron llegar oportunamente á manos del general Manso las comunicaciones que el último le dirigía invitándolo á que acudiese con las fuerzas que pudiera reunir á los puntos de Asturias que con mayor ventaja habrían permitido embazarar la marcha de Gomez, dando así tiempo á que llegase la division que le perseguía; haciendo presumible que tales avisos no llegaron oportunamente el hecho mismo de que un hombre tan entendido como lo era el general Manso, no penetrase en Asturias sino despues de haber evacuado los carlistas la provincia cuya capital ocupó Manso, dictando en ella muy acertadas providencias, que no dejaron de ser útiles en las posteriores ocasiones en que los carlistas trataron nuevamente de apoderarse de Oviedo.

Siguiendo su precipitada marcha entraba Gomez el 18 en Santiago, donde fué recibido con estrepitoso entusiasmo por los muchos carlistas que encerraba la ciudad, y nuevamente pudo posesionarse de armamento, de dinero y de vestuario, sin por ello dejar de apresurarse á abandonar su fácil conquista, en cuanto supo que Espartero se acercaba, que Latre con alguna fuerza se hallaba á tres leguas y á dos y media el marqués de Astariz, columnas cuya reunion no habria podido menos de dar fin de la expedición gallega.

Temeroso de que así se verificase, el 19 á las diez de la noche se puso en marcha, llevando consigo un considerable convoy de carros, impedimenta muy embarazosa en una clase de guerra como la que hacia el general carlista, pero de cuyo embarazo apenas podia prescindir atendida la índole de la mision que las instrucciones de don Carlos le impelían á llenar.

Tuvo Espartero que detenerse tres dias en Santiago á fin de concertar sus movimientos con los de Latre, resguardar á Asturias y estorbar el paso del enemigo á Castilla.

A la precipitacion con que Gomez se vió obligado á marchar es de atribuir mas que á otra causa alguna, que no pudiese llevar adelante su cometido de organizar el levantamiento en masa de Galicia, toda vez que aunque encontró en el país grandes simpatías y que se le unieron numerosos partidarios, como en ninguna parte se detenía para proteger la organizacion de nuevas fuerzas, se separaban de él los presentados para alistarse en sus filas, no habiendo podido seguirle en su precipitada marcha, la que mas bien presentaba los caracteres de una continua huida, produciendo aquella misma inseguridad en las operaciones de Gomez, una reaccion en el ánimo de sus partidarios que hizo degenerar en desaliento y desconfianza el repentino entusiasmo que manifestaron á su llegada.

En Cidatella aprovechó Gomez la ocasion para deshacerse de parte de su impedimenta, entregando al cabecilla Ramos 1,300 fusiles y municiones y dejándole cierto número de oficiales para que procurase organizar nuevos cuerpos. A los cuatro dias de su salida de Santiago y á fin de sustraerse de la persecucion de Espartero, tuvo Gomez que hacer una marcha forzada de diez leguas, viéndose en aquel dia abandonado por la mayoría de los voluntarios que le habian seguido y que no pudieron resistir la fatiga de tan penosa jornada.

No es dudoso que si el general Latre, capitán general de Galicia, hubiese estado preparado para operar en combinacion con Espartero y con Manso, difícilmente hubiera podido Gomez salir de Galicia, en cuyo suelo habria verosímilmente quedado deshecha ó prisionera su division.

Las facciones gallegas que se hallaban bastante quebrantadas y en vísperas de disolverse antes de la llegada de Gomez, se acrecentaron considerablemente despues de su partida, en atencion á haber los voluntarios que se le presentaron y no pudieron seguirle, ido á engrosar las gavillas de rebeldes que ya existían ó dado ocasion á que se levantasen otras nuevas.

Un movimiento oportuno estuvo próximo á ejecutar Latre, ocupando el puente de Solima, cuya ventajosa situacion le hubiese permitido detener la marcha de Gomez, pero informado este de la direccion de Latre, caminó con tanta celeridad para llegar antes, que se hizo dueño del codiciado puente con una hora de anticipacion á la en que llegaba Latre, quien viendo frustrado su intento retrocedió á Lugo. Merced al éxito de aquel movimiento pudo Gomez dar dos dias mas de descanso á sus soldados en Cangas de Tineo.

Convencido de que no le era dable ejecutar en Galicia el plan que le condujo á aquellas provincias, dirigió su marcha hácia Castilla, presentándose á la vista de Leon el 1.º de agosto.

No fué posible á Espartero moverse de Santiago antes del 13, y mal informado acerca de los movimientos del enemigo, el que creyó retrocedía en direccion á Asturias, se dirigió á la costa, interin Gomez, á quien no se ocultaba que cerciorado que llegase Espartero á estar de su error acudiría de nuevo en su busca, determinó situarse en el puerto de Pajares, donde creyó podria detener ventajosamente á su perseguidor.

De esta manera logró Gomez ganar tres dias de marcha, dando en ellos descanso á sus tropas y disponiendo lo necesario para el encuentro que meditaba. Detúvose en su consecuencia tambien la expedicion en Leon suficiente tiempo para hacer nuevo acopio de las armas y equipo de los nacionales y del depósito del regimiento provincial al que da nombre la ciudad. En ella formó un nuevo batallon y un escuadron de caballería, y abrigaba la esperanza de que conseguiria batir á Espartero, cuya tropa no podria menos de llegar cansada de tan largas y forzadas marchas. Esta expectativa en la que fundó la probabilidad de poder llenar, dete-

niéndose, el principal objeto de su mision, el de sublevar las provincias del Noroeste, no dudaba de que llegaria á realizarse, situándose en el puerto de Tarna, pues de no conseguir batir á su contrario, creyó tener asegurada la retirada por Liébana y Asturias. Esta confianza lo detuvo en Leon hasta el dia 7, y el 8 se puso en marcha para ocupar el referido puerto; aspiracion que no debia vérselle cumplida, porque antes de que su vanguardia llegase á la cumbre, la halló ocupada por Alaix, que habia andado siete leguas llevando su tropa en ayunas, pero resuelta á combatir y á tomar venganza del enemigo que tan penosas jornadas le obligaba á hacer. Sorprendidos los carlistas interin trepaban el monte, consiguió Alaix batirlos, sin que llegase el resto de la columna de Gomez á ocupar el terreno que le habia sido designado, teniendo en su consecuencia que seguir la retirada de su dispersa vanguardia.

El 12 de agosto se hallaba Gomez en Cangas de Tineo teniendo un batallon de observacion en Liébana, lo que hizo creer á Espartero que el enemigo se dirigia á Oviedo, pero mejor servido Gomez por sus espías que por sus confidentes lo estaba Espartero, contramarchó con direccion á Castilla por el puerto de Sajambre.

El 16 llegó Gomez á Potes, reuniéndosele al siguiente dia el batallon apostado en Liébana, y reconcentrado que hubo su fuerza marchó por Cervera de Río Pisuerga á Prades de Ojeda.

El general Manso se hallaba en Lerma adoptando disposiciones contra la expedicion de don Basilio, que habia pasado el Ebro en direccion á Castilla. Mas informado de que Gomez ocupaba Leon, muy acertadamente dispuso que Puig Samper con una fuerte brigada marchase á Palencia para cortar el paso á Gomez, habiendo tenido en su consecuencia este que variar de direccion, lo que permitió á Espartero alcanzar á los carlistas y ganarles, como queda dicho, la accion de Tarna ó por otro nombre de Escaro.

Contrariado Gomez de no haber podido llenar en Asturias y Galicia el principal objeto de su mision, convocó un consejo de guerra al que asistieron su segundo el marqués de Bóveda, Villalobos, Arroyo, Fulgoso y los jefes de los cuerpos de la division expedicionaria, á cuyo consejo sometió la deliberacion de cuál de los partidos seria el mas conveniente, en el interés de la causa, si retroceder á Galicia, dirigirse á otras provincias ó finalmente regresar al territorio vascongado.

Contra el parecer de Gomez, los consultados fueron unánimemente de opinion de emprender un movimiento en direccion de las provincias del interior á fin de tentar fortuna y procurar de extender en ellas la insurreccion que no les habia sido posible desarrollar en Galicia. Aprobada por Gomez, á pesar de no ser la suya, la opinion de la mayoría del consejo, quiso que se extendiese un acta por duplicado, de la que conservando un ejemplar envió otro á don Carlos. Al ponerse en marcha la expedicion, uniéndose el cabecilla Celis con cuarenta caballos, y llevando su derrotero por Herrera de Río Pisuerga, Frómista, Piña de Campos y Fuentes de Valdepeños, hizo su entrada en Palencia.

La columna liberal conducida por Alaix siguió en persecucion de los fugitivos de Escaro, pero el detestable estado de los caminos y los precipicios por que tuvo que trepar, le obligaron á retroceder en los momentos en que Espartero recibia órdenes del general en jefe para que inmediatamente se presentase en el cuartel general por exigirle así las mas importantes consideraciones del deber militar, y previniéndole que para no dilatar su cumplimiento dejase el mando de la division á aquel de entre los jefes que le acompañaban á quien por ordenanza correspondiese.

Desde Potes donde se hallaba Gomez el 16, y siempre con el afán de evitar ser alcanzado, hizo conducir su infantería en carros.

En Bertovillo supo el jefe carlista que se encaminaba á dicho punto la brigada Puig Samper, y codicioso de fáciles triunfos, marchó en su busca, pero el jefe liberal varió su ruta y evitó el encuentro, con lo que frustrado Gomez en su deseo tomó el rumbo de Pinar de Arriba y Peñafiel, cuyos nacionales, animosos y resueltos, se encerraron en el fuerte sin escuchar proposiciones de entrega, en las que tampoco insistió Gomez, ansioso de no verse interrumpido en su marcha.

El 23 la prosiguió en direccion de Fuentidueña, Torrecilla y Matilla. Entraba en los planes de Gomez amenazar á Madrid aunque solo consiguiese alarmar al gobierno y al público liberal con su aproximacion, y al efecto se disponia á salir para Segovia, de cuyo intento le hizo desistir el aviso que tuvo de haber entrado en aquella ciudad tropas procedentes de la capital en suficiente número para que encontrase una resistencia que no entraba en sus miras provocar. Tomó entonces el camino de Somosierra y fué á Castillejo, donde supo la llegada á Buitrago de una brigada de la Guardia y resolvió ir á su encuentro siguiendo en su sistema favorito de dar con enemigos inferiores en número y de los que podia alcanzar fáciles victorias.

Habia el gobierno prevenido á Manso que no perdiese de vista los movimientos de Gomez, y sabedor aquel de que la expedicion carlista se dirigia de Atienza á Jadraque, marchó á Sigüenza al mismo tiempo que oficiaba á Alaix y á Puig Samper instruyéndoles de la direccion tomada por Gomez.

La inquietud que produjo en Madrid la presencia y las correrías de Gomez en Castilla la Nueva, estimuló al gobierno á echar mano de cuantas tropas tenia disponibles, y entre otras providencias tomó la de hacer salir, destinada á obrar en combinacion con las columnas empleadas en perseguir á Gomez, una brigada compuesta de dos batallones de granaderos de la guardia real provincial, un escuadron de coraceros y dos piezas de artillería, al mando del brigadier don Narciso Lopez, ex-comandante general de la Ribera del Ebro, militar que debió una pasajera reputacion de valor y de pericia á la prensa de partido, reputacion que tan deplorablemente quedó disipada en la célebre jornada de Mendigorria.

Marchaba Lopez, cual es de presumir, á la ventura ó al menos sin la cautela debida en una guerra de la clase de la empeñada, cuando el 29 por la tarde dió vista á un batallon que Gomez tenia situado en Bujalaro, al que no vaciló en atacar y desalojar de la posicion que ocupaba, encuentro del que no supo sacar partido cuando debió haberle servido de aviso para no esperar á un enemigo superior en número.

Muy de madrugada cayó Gomez con el grueso de su division sobre la brigada que imprudentemente le esperaba. Habia esta tomado una posicion defendible y que lo era tanto mas cuanto que poseía Lopez artillería que no traía su contrario, arma que convenientemente usada por un jefe entendido, secundado por soldados disciplinados, habria dado lugar á la llegada de Alaix ó de Manso, tan poco distantes del punto en que se trabó la corta y desastrosa accion de la que bastarán brevisimos renglones para dar cuenta, que el primero de dichos generales oyó el fuego que se cruzaba entre la brigada de la Guardia y los expedicionarios carlistas. Pero relajado el espíritu militar, cual lo estuvo por algun tiempo, á consecuencia de los pronunciamientos y sediciones, y mal mandada la brigada, hizo una corta y débil defensa, entregando las armas al enemigo los dos batallones en masa, el escuadron de coraceros (menos cuatro individuos de él que lograron escapar), los cañones, toda la oficialidad, el estado mayor y jefe don Narciso Lopez.

Aquella inesperada derrota llenó de asombro á Madrid, de gozo á los ocultos partidarios de don Carlos y de cólera á los liberales.

Las autoridades de Guadalajara vinieron á buscar refugio á la capital, y el gobierno excitado y reconvenido se defendió, consignando en una *Gaceta extraordinaria* que lejos de hallarse desprevenido tenia en movimiento sobre Gomez las columnas de Puig Samper y de Manso, á mas de la division Alaix, y el ministro de la Guerra Rodil salia en la noche del 30 para tomar el mando superior de las fuerzas empleadas contra Gomez, aumentadas con los batallones de la Guardia que guarnecian Madrid.

Breves horas despues de rendido Lopez llegó Alaix al sitio donde se habia consumado la catástrofe, y no es de extrañar la indignacion y el desprecio con que los veteranos que perseguian á Gomez y que tan acostumbrados se hallaban á hacerle huir, recibieron la nueva de la flojedad de los que por no haberse defendido con mas teson, convirtieron en derrota lo que hubiera podido ser una victoria que decidiera de la

suerte de la expedicion. Ufano de su fácil triunfo Gomez fué á pernoctar el 30 á Brihuega; pero obligado á sustraerse á la persecucion de las diferentes divisiones, brigadas y columnas lanzadas en su seguimiento, abandonó, despues de clavados, los cañones cogidos á Lopez, y no siéndole posible ganar el Ebro sin exponerse á que le saliesen al encuentro Manso, Aspiroz, Puig Samper ó Narvaez, cuyas fuerzas se movian en los territorios que tendria que atravesar, se resolvió á lo mas urgente, á desembarazarse de sus prisioneros, á cuyo efecto y en busca del camino de Aragon pasó el Tajo por la Fuente de Tubuena, y despues de algunos rodeos motivados por su deseo de evitar combates, interin no se viese libre de sus prisioneros, llegaba á Utiel el 7 de octubre, puesto ya en comunicacion con Cabrera y sus huestes del Maestrazgo.

El saber que Gomez se hallaba reforzado y el llevar Alaix su tropa descalza y falta de recursos, decidió á este á dirigirse á Cuenca donde dió algunos dias de descanso á su cansada division.

Esperaba Gomez en Utiel á sus aliados y compañeros de Aragon, los que al cabo se le reunieron en número de dos mil quinientos infantes, quinientos caballos conducidos por Qules y el Serrador, llegando Cabrera un dia despues habiendo hecho una marcha de cincuenta leguas en veinte horas.

El primer cuidado de los caudillos carlistas que unian sus armas, fué el de desembarazarse de los prisioneros que dirigieron á Cantavieja escoltados por un batallon de los de Cabrera.

Seguidamente concertaron Gomez y su cooperador el caudillo del Maestrazgo el apoderarse de la villa de Requena, contra la que el último atesoraba el rencor de una anterior repulsa. Antes de emprender la marcha, proveyeron al Arcipreste de Moya, jefe de las facciones de la Serranía de Cuenca, de fusiles y de caballos, y formaron un nuevo batallon que titularon 7.º de Castilla. El 13 rompieron su movimiento y al siguiente dia dieron vista á la amenazada poblacion, célebre en la historia de la reconquista sobre los agarenos y en la guerra entre las casas de Austria y de Borbon que en el siglo último se disputaron la sucesion de Carlos II. No perdonaron los sitiadores medio para rendir la plaza, empleando la artillería, sirviéndose de escalas é intentando asaltos; esfuerzos que hicieron infructuosos el teson y bizarría de los defensores, reducidos á los nacionales de la localidad y á su vecindario. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes y hasta los niños compitieron en gallardía, obedientes á la acertada direccion del coronel don José de Alborno, gobernador de la plaza. La aproximacion de Alaix hizo desistir á los carlistas de prolongar el sitio, que levantaron regresando á Utiel. Las Cortes premiaron el patriotismo de los habitantes de Requena declarándola ciudad.

Abandonada por los carlistas la empresa de Requena, intentaron acercarse á Madrid; mas con objeto de ocultar su designio y evitar que el gobierno llamase tropas, disimularon su rumbo tomando la direccion de Albacete. Llegados á Casas Ibañez, cuya poblacion incendiaron en venganza de haberla abandonado sus vecinos y sido en ella fusilados algunos dias antes prisioneros de la faccion, siguieron á Albacete donde hicieron su entrada despues de evacuada la ciudad por las autoridades que fueron á guarecerse á la vecina fortaleza de las Peñas de San Pedro.

Alaix esperaba para continuar la persecucion de los expedicionarios que se le incorporasen ciento cincuenta caballos que conducia el brillante coronel de húsares don Diego Leon, á cuya llegada púsose en movimiento, y haciendo marchas forzadas en los dias 17, 18 y 19, dió vista el 20 á Villarobledo, donde habian pernoctado Gomez y Cabrera, cuyos soldados mostraban grande impaciencia de medir sus armas con los defensores de la libertad.

Tuvo Alaix la fortuna de que el enemigo ignorase su aproximacion cuando solo se hallaba á tiro de fusil de Villarobledo. Formó el general sus batallones en un olivar contiguo al pueblo, y en una exhortacion que les dirigió encarecióles la importancia de que tuviesen serenidad y confianza, y prometióles la victoria si se mostraban dignos del denuedo que supieron desplegar en la jornada de Escaro.